

respuesta decisiva á la fuerte objecion de los incrédulos está en nuestra mano; acallemos con nuestra conducta las odiosas acusaciones que se atreven á formular contra nuestra augusta ley. Así fué como en los hermosos siglos de la Iglesia impusieron silencio nuestros padres á sus primeros enemigos: la santidad de los cristianos era la prueba de la santidad del cristianismo. Volvamos á aquellos dichosos tiempos, y seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

Véase: LEY DE DIOS.

MORTIFICACION INTERIOR.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Mediante vuestra paciencia salvareis vuestras almas.

(Luc. xxi, 19.)

Hoy, carísimos hermanos, voy á ponerlos en relacion con vosotros mismos. Mucho tenemos que hacer en este pequeño mundo interior, no fácil de gobernar, en el que hay bastantes luchas, y bastantes elementos que se combaten; y sin embargo, nosotros estamos encargados de mantener en él la tranquilidad y la paz, en provecho de nuestra alma. Sobre el particular voy á proponeros algunas máximas que podrán seros útiles para arrojar luz sobre esta interesante materia, y ayudaros en el trabajo en que estais tan interesados.

Todo lo que tengo que deciros, amados oyentes, se reasume casi en esta expresion cristiana: MORTIFICACION INTERIOR, dura de pronunciar y de oír. ¡Si! mortificacion interior... Quizás voy á expresarla en diferentes términos, á presentarla bajo diferentes puntos de vista; pero todo lo que pienso deciros no será en el fondo más que mortificacion. No esperéis que venga precisamente á presentaros á cada uno un cilicio ó una disciplina; no se trata de eso. Yo solo quiero pedirlos lo

que Jesús pedia á sus discípulos: hermanos míos, poseed vuestra alma mediante la paciencia: *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. Y para eso, primero teneis que ordenar vuestro interior y luego componer vuestro exterior. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para *ordenar* vuestro interior, habeis de arreglar primero vuestro carácter y luego dominar vuestras impresiones. Con respecto al carácter, tambien habria mucho que decir, pero quiero contraerme á lo que me parece más práctico. Hallo personas que están, al parecer, en extremos opuestos con respecto al carácter; pero, como los extremos se tocan, sucede que unas y otras llegan casi al mismo resultado, es decir, que no hacen cosa alguna. Por ejemplo, unas están pesarasas de su carácter y quisieran mudar del todo; otras están tan contentas de sí mismas, que no quisieran tocarse siquiera con la punta del dedo. Las primeras se malean; pero las segundas no mejoran. Sin embargo, no es bueno malearse, y convendria mejorarse. Voy pues á dirigirme á unas y otras, y os preguntaré: ¿Por qué, pues, almas cristianas, quisierais mudar del todo vuestro carácter? ¿Por qué? Si quereis mudar del todo, será para tomar otro, pues es preciso tener uno... ¡Cambio inútil! ¿Qué ganaríais en él? Todos los caracteres tienen su fuerte y su flaco, y al lado de una cualidad, un defecto, porque no hay medalla sin reverso. A veces os decís: ¡Oh! si yo tuviese el carácter de tal persona!... ¡excelente natural el suyo! ¡Oh! cuando uno está hecho así, es muy fácil... ¡yo seria muy diferente! Hermanos míos, hablais casi siempre sin conocimiento de causa; estad seguros de que cada uno de nosotros tiene su carga, y su carga es él mismo, es su carácter, el carácter en que hallamos continuamente mayor ó menor materia de trabajo y de lucha. Seria tarea imposible querer cambiar de carácter, casi tan imposible como querer cambiar de rostro, pues nuestro carácter es nuestra fisonomía moral. En el carácter hay ciertos rasgos indelebles; pero no son más que un bosquejo, que la virtud se encarga de acabar y perfeccionar. Por más que hagais, os encontrareis á los noventa años con los mismos elementos de carácter, con el fondo que ya poseiais á los diez; y aún vereis que se ha afeado, porque en vez de tomar una cualidad, tomareis con frecuencia un defecto. Además, la cualidad que querríais adquirir se malearia en vosotros, porque no se avendria con todo el resto de vuestra persona, como no cuadrara en vuestra fisonomía un rasgo de la de otra. ¿Por qué no os contentais con vuestro carácter? Dios os lo dió; tomadlo: ¿no es el mejor para vosotros? ¿De qué sir-

ve irritaros contra vuestro carácter? Con él teneis que vivir: procurad vivir en buena inteligencia; esa es vuestra cruz: abrazadla y llevadla.

Pero hay otras personas que se hallan en el opuesto extremo, las que están tan contentas de sí mismas, que no quisieran hacer nada, y á menudo toman sus defectos por cualidades, ó sus cualidades por virtudes. Las cualidades no son virtudes; las cualidades naturales no son virtudes sobrenaturales, que serán premiadas; y si el hombre se contenta con permanecer tal como Dios le hizo, no se perfecciona á sí mismo y no llega á ser lo que debe.

¿Qué debe hacerse pues relativamente al carácter que la Providencia nos ha dado, que es como un terreno inculto, pero fértil, que hemos de labrar? Primero, debemos conocerlo, y en seguida cultivarlo.

Parece muy fácil conocerse el carácter; con solo considerar las impresiones habituales, los actos, el carácter se reproduce, se refleja en la vida. Puesto que la vida es verdaderamente un reflejo de nosotros mismos, parece que si uno se considera un poco en sus hábitos y en sus actos, se verá tal como es, y hallará su carácter. Si se encuentra algo perplejo en ese estudio de sí mismo, no tiene más que consultar á otra persona: solemos ser más conocidos de los demás que de nosotros mismos. Preguntad á un amigo cuál es vuestro carácter, y os lo dirá; entonces sabreis cómo sois, y cómo tomaros.

Cuando uno ya se conoce, debe perfeccionarse puliéndose y vendiéndose á sí mismo. ¿Sabeis cuáles son los mejores caracteres de todos bajo ese concepto? Voy á deciros una cosa que os pasmará y que empero es cierta. ¿Cuáles son los mejores caracteres cuando se quiere vencerlos? Son los caracteres más duros. Caracteres excelentes son esos, de los que pueden obtenerse maravillas; son pedazos de mármol, pero del mármol más precioso. Todavía está informe, pero si alguno quiere tomarse la molestia de cincelarlo y tallarlo con ahinco, sacará una obra maestra. De un carácter duro no puede salir más que un gran santo; los grandes santos tenían un carácter duro. Cuando un carácter tiene algo sobresaliente, suele tener tambien un defecto dominante, cuando no, ningun defecto dominante tiene. Veamos cómo debe obrar en uno y otro caso. Cuando hay un defecto dominante en el carácter... ¡oh! ese es el punto que ha de batirse en brecha, ese el enemigo á quien se ha de vencer, á quien se debe tener siempre á la vista y perseguir hasta el fin. Si venceis ese defecto dominante, origen de todas las demás faltas que cometéis, que tiene como á sus órdenes, cual un rey, casi todos los demás defectos que podrian tiranizar vuestra alma; entónces sereis enteramente los dueños, y vuestro interior estará verdaderamente en orden.

Por lo comun, hermanos míos, para vencer ese defecto dominante, no hay más que gobernarlo. Es muy notable; basta dirigirlo á su verdadero objeto. S. Francisco Javier tenia un carácter vivo, resuelto, y su defecto dominante era la ambicion, el deseo de gloria, fantasma que persiguió por algun tiempo. ¿Qué hizo luego? Encaminó el defecto á su verdadero objeto. Antes buscaba su gloria; buscó pues la gloria de Dios, la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas, conservando el mismo carácter que antes tenia; no cambió el fondo de su carácter, sino que lo dirigió, y la direccion que imprimió á su alma bastó para santificarle.

Cuando una alma está exenta de todo defecto dominante, puede á lo ménos entregarse á una virtud dominante, que viene á ser como su carácter distintivo. Así, por ejemplo, yo creo que no hay cosa alguna que tanto facilite el trabajo del progreso, de la perfeccion, como dedicarse á un punto, digámoslo así, determinado, único. Entónces el hombre no se fatiga; concentra, sí, toda su energía, su alma toda, sus deseos y esfuerzos en ese punto único. Escoged pues con la ayuda de Dios, bajo la inspiracion de su gracia, y con el consejo de vuestro director, una virtud por adquirir, una virtud sólida y dominante, la cual, como una reina, atraiga en pos de sí por via de cortejo todas las demás virtudes. ¡Hay tantas virtudes dominantes y todas más bellas, más gratas y más amables unas que otras! Sin duda su adquisicion requiere luchas; pero, hermanos míos, la gloria de la virtud consiste en no adquirirse sinó luchando, y en ser siempre la corona de la victoria. ¡Es tan bueno poseerla! La virtud forma todos nuestros méritos, nos une con Jesucristo, nos hace semejantes á él, y prestará una fisonomía á nuestro carácter en la eternidad; pues todos tendremos carácter en el cielo: no habrá allí dos santos que se parezcan en la patria celeste; todos tendrán una fisonomía y una virtud distintivas.

¿Cuándo se ha de empezar, carísimos hermanos, á cultivar el carácter, y cuándo se ha de acabar? ¡Oh! cuanto antes mejor, porque así es muy fácil. Cuando uno es jóven, el carácter es más flexible; aún no tiene pliegue alguno, por decirlo así, y es más fácil darle uno bueno. Con todo, vale más tarde que nunca. Deberíais comenzar, por ejemplo, en el mismo momento hasta el cual no hubieseis cultivado bastante el fondo que se os ha dado; en el mismo momento en que por vuestro descuido os hubieseis incomodado á vosotros mismos; pues es increíble, hermanos míos, lo infelices que nos hace nuestro carácter, cuando no lo cultivamos. Hay personas que son víctimas de su carácter y que con él hacen mártires á las demás. Y son víctimas

de su carácter sin mérito, porque no procuran corregirlo, y hacen víctimas de su carácter á las demás con demérito para ellas, pues debieran tener consideraciones á las demás y no ser para ellas una pesada carga. Muchas veces se anulan á sí mismas, paralizan todo el bien que hacer podrian, y vuélvense intolerables para el prójimo. ¿Por qué? Porque no han corregido su carácter; y vése con mucha frecuencia, amados oyentes, que algunas personas cuya piedad mal comprendida no se aplica verdaderamente al alma y por consiguiente no ha penetrado en la sustancia, ofenden á la piedad misma. La ofenden á los ojos de las personas que no saben discernir las cosas y atribuyen á veces á la piedad injusticias que de seguro no comete, injusticias que ella condena, injusticias que solo provienen de la persona que mezcla con su piedad todas las extravagancias y desórdenes de su carácter. Impórtanos, pues, carísimos hermanos, por muchas razones, cultivar nuestro carácter. Siempre es oportuna la ocasion ántes de la eternidad y cualquier que sea la edad que tengamos. Debemos hacerlo; cuanto más tengamos que trabajar, tanto más mereceremos.

Cuándo debemos acabar, hermanos míos, de luchar de ese modo? Cuando acabemos de vivir. Es absolutamente lo mismo que si un soldado preguntase á su general en el campo de batalla: Mi general, ¿cuándo acabaremos de combatir? ¿Qué contestaría el general? Amigo, acabaremos cuando se toque llamada. ¿Cuándo debemos acabar la lucha contra nosotros mismos? Cuando Dios diga en las alturas por nosotros: *Consummatum est*, ¡basta! ¡acabóse! ¡Si! hasta el fin debemos combatirnos á nosotros mismos, vencernos... hasta el fin. ¿Qué haríamos en la tierra? ¿No será bastante larga la eternidad amados oyentes? ¿Qué es la brevedad de esta vida? ¡Oh! ya descansaremos en el cielo; tranquilicémonos: trabajamos sobre nosotros, pero tambien por nosotros.

Digamos ahora algunas palabras sobre nuestras impresiones. Por impresiones, carísimos hermanos, entiendo aquí imaginacion. Acuérdomeme de haber visto en S. Agustin, al hombre representado como un edificio en que hay tres pisos, uno superior, otro bajo y otro intermedio. El piso superior es el alma propiamente llamada, y en él residen la inteligencia, la conciencia, la libertad, la voluntad: en él entra la gracia, y en él puede entrar tambien el pecado. El piso bajo es el cuerpo con sus sentidos, con sus apetitos, inclinaciones y pasiones. El piso intermedio está colocado entre la parte superior del cuerpo y la parte ínfima del alma, la llamada parte sensible, impresionable, donde en cierto modo reina la imaginacion. La imaginacion, herma-

nos míos, ¡oh! yo no la defino, pero podremos representarla como la facultad de percibir vivamente las cosas verdaderas ó fantásticas, y las más de las veces fantásticas; de percibir las é impresionarnos vivamente. La imaginacion es una facultad no libre: la libertad está más alta que la imaginacion, la domina, está en el piso superior, como la voluntad. Por consiguiente, la imaginacion, como la llama muy bien S. Francisco de Sales, que tambien tiene el don de expresar bien las cosas, la imaginacion es la loca de la casa. Por eso casi nunca acierta, casi siempre se extravía, y de ahí el inminente peligro de dejarse guiar por la imaginacion, porque entónces es dejarse llevar de una verdadera loca. Si nos dejamos llevar de la imaginacion, habrá casi siempre exageracion é inconstancia, porque la imaginacion es esencialmente versátil: si la consultais, si la seguís, si la creéis, ¡ah! os conducirá á la derecha, á la izquierda, y os hará caer en todos los precipicios que se hallen en el camino. Por eso, cuando el hombre se deja llevar de la imaginacion, es necesariamente inconstante, exagerado; si va algo más léjos, vuélvese ridículo y maniático; si va algo más léjos aún, acaba por volverse loco, pues los locos suelen tener una imaginacion magnífica; pero esta imaginacion ha ocupado tanto lugar, que ha acabado por desalojar á la razon. Por lo que respecta al corazon, hay igualmente peligros cuando uno se entrega á su imaginacion: siempre estará lleno de quimeras; quimeras de miedo, quimeras de pesar, de tristeza, de deseo tambien; siempre la imaginacion es quimérica y está divagando. Ya sabeis, hermanos míos, en el gobierno y apreciacion de las cosas, qué caso se hace de las personas de imaginacion. Las hay, empero, que se vanaglorian de ella; jáctanse, no de tener imaginacion, porque todos la tienen mayor ó menor, sino de ser una persona de imaginacion: «¡Oh! yo soy como un enigma, soy inexplicable; tampoco soy comprendido!» ¡Si por cierto! eres muy bien comprendido; ¡oh! á primera vista se te conoce y se te nombra con una sola palabra: eres una persona de imaginacion.

¿Cuál es pues la conducta que ha de seguirse respecto de la imaginacion? Pues verdaderamente es una triste vida dejarse guiar por una loca! Y sobre todo, en la virtud, en la piedad, ¿á dónde iríamos, si nos dejáramos llevar de la imaginacion?... ¿Qué conducta, pues, hemos de observar? ¿Es preciso ahogar la imaginacion? ¿De ningun modo! La imaginacion es excelente: ella facilita recursos, actividad, ardor y hasta celo; pero hay que valerse de la imaginacion, y no abusar de ella; no hay que avasallarla, sino dominarla. Así, pues, si las personas que tengan una imaginacion algo exuberante, quisie-

sen aceptar los medios que les indicaré, podrian someterla á la razon, volverla al buen camino, sujetarla, en fin. Por ejemplo: adoptar una piedad sencilla y obediente, tener una vida muy positiva y ocupada, no entregarse á la ociosidad, ni á quimeras, á esos que llamamos castillos en el aire, especie de torbellinos en que, digámoslo así, se arroja la imaginacion, y por los cuáles se deja uno arrebatar; no excitar la imaginacion con lecturas novelescas y románticas, es decir, absurdas, ni con espectáculos y conversaciones; no alimentar el fuego. En seguida, en los momentos en que hay una crisis de imaginacion, pues de vez en cuando se levantan unas como ligeras borrascas, entónces ¿qué ha de hacerse? Nada absolutamente; esperanza y paciencia, y la imaginacion en cuarentena. Decia S. Francisco: á veces la loca se pone á mover alboroto; ¿qué ha de hacerse cuando alborota? Ponerla á la puerta, y luego cerrar y quedarse en casa, entregándose á las ocupaciones ordinarias, trabajar, leer, hablar, como si tal cosa; y la loca entre tanto grita á la puerta, llama... No la presteis atencion; dejad que alborote: tanto gritará, que al cabo enronquecerá y os dejará tranquilos.

2. Una palabra ahora sobre el exterior.

El exterior debe componerse con una virtud especial que lleva el nombre de modestia. No hablo precisamente de aquella modestia que consiste en la decencia exterior: ya sabeis, hermanos míos, cuáles son las reglas de la piedad cristiana sobre este punto; tampoco me refiero á la modestia que cuida de los sentidos: ya sabeis que tenemos puertas, por decirlo así, por las que nuestra alma puede salir de sí misma, y por las que pueden entrar en ella los objetos exteriores; es preciso que la virtud de la modestia sea como un centinela vigilante, apostado á las puertas de los sentidos, á fin de que nuestra alma no se derrame inútil é imprudentemente en los objetos exteriores; á fin tambien de que el mal que nos rodea no penetre en nosotros, es preciso que la modestia esté de centinela y diga: Alerta! ¡Quién vive! Yo entiendo particularmente por modestia la compostura exterior que no revela pasion alguna desordenada, sinó la virtud. Eso no es fácil; pero vais á ver que es posible y no inútil.

No há mucho que os hablaba de la dominacion de vuestras impresiones, que no es más que la virtud sólida de la victoria sobre sí mismo. Es bastante penoso, direis, y á veces imposible dominar las propias impresiones. No podeis menos de sentir las, no son libres, ni voluntarias, y tampoco son culpables hasta el momento en que os entregais á ellas. Pues bien! ¿quereis vencerlas? componed vuestro exterior, y las vencereis; por decirlo así, venciendo al cuerpo, que es

el continente, vencereis al alma, que es el contenido. Ved ahí á una persona que sus sentidos llevaban á la tristeza, al mal humor: ¡Ah! es escandaloso para un cristiano estar triste, porque el cristiano que tiene la gracia de Dios en su corazon, debe vivir en paz. Si yo estuviese triste, iria á confesarme. Ved ahí uno, empero, que siente la impresion de la tristeza. Dé una orden su voluntad, que está en el piso superior: el cuerpo y sus sentidos son sus humildes y obedientes servidores; cuando ella manda, es preciso que el cuerpo obedezca á la voluntad. Yo mando á mi brazo que se extienda: ved si no se extiende; si me impusiera silencio, al momento callará. Mandad pues á vuestro exterior cuando teneis una impresion de tristeza, que no haga aparecer señal alguna de esta impresion en vosotros, sinó que, por el contrario, muestre una frente serena, alegre; que todas vuestras facciones respiren calma, y que todas vuestras palabras sean de contento; eso os costará, y habrá victoria sobre vosotros mismos: es precisamente lo que yo queria, pues habreis vencido esa impresion, componiendo vuestro exterior. Tratáse de una antipatia contra una persona; ¿quién no las tiene? No sé por qué esa persona no me gusta; no me agrada su rostro, ni su modo de andar, qué sé yo! Es extraño; en fin, tengo antipatia. Si me dejo llevar de esta impresion de antipatia, nunca hablo con esa persona, ó si lo hago, será siempre con aspereza; y luego, cuando habláre de ella, será en mala parte y comunicaré mi antipatia al alma de mis vecinos. Eso es pasion, y no razon. Apelemos pues á nuestra voluntad, que está en la parte superior de nosotros mismos..... Manda ella, y nuestro exterior obedece, y cuando hablais con esa persona, lo haceis con modales graciosos, cortés y amablemente; la prestais todos los favores que os pide, sois complacientes y pacientes con ella. Vuestra voluntad ha mandado, y vuestro cuerpo ha obedecido, venciendo vosotros una vez más.

Lo que estoy diciendo, hermanos míos, podeis aplicarlo á otro cualquier objeto, á todas vuestras impresiones, y dominarlas con la modestia del exterior. Por eso la compostura es verdaderamente y ha sido siempre considerada como la expansion de la virtud, y por eso edifica y predica la virtud mostrándola; y mostrándola tal como es, muéstrala siempre amable y dá á los demás el deseo de practicarla.

Trabajad, pues, carísimos hermanos, por la correccion de vuestro defecto dominante, por la adquisicion de una virtud dominante; en seguida dominad vuestro exterior. Nuestro buen Maestro nos lo ha dicho: Si poseeis vuestra alma mediante la paciencia, hallareis el reposo de vuestra alma. ¡Ah! hermanos míos, tal vez buscais desde hace tiempo ese reposo; la paz interior ha huido de vosotros. Es por-

que vosotros no os habeis hecho la guerra ; pues es preciso hacerla para conseguir la paz. Haced, pues, la guerra , y os prometo que obtendreis la paz de Jesucristo. Así sea.

MORTIFICACION EXTERIOR.

Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes.

Traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificacion de Jesus.

(II COR. IV, 10.)

Los santos Libros nos recomiendan con frecuencia la mortificacion de los sentidos. Abstinencias rigurosas, ayunos frecuentes y aun perpétuos, largas vigiliias, penosos trabajos, soledad y profundo silencio; todo esto , acompañado de fervorosas oraciones, y sufrido sin interrupcion, sin aflojar en nada hasta el último aliento de la vida, tal era la mortificacion de los primeros cristianos. Pero, aquellos fieles pasaron, y la mortificacion de aquellos dichosos siglos se pasó y acabó con ellos. Y sinó, decidme, ¿cuál es la mortificacion del siglo presente? ¿Cuál es la mortificacion que practicais vosotros con quienes hablo, y á quienes dirijo actualmente mi discurso? No lleveis á mal que me meta á averiguarlo, y á hacer alguna descripcion de vuestro estado muy por menor. Un equipaje modesto, es verdad ; pero lucido, y sobre todo muy cómodo. Un porte regular, pero con la mayor comodidad en la habitacion , en el vestido y en los muebles. Una mesa frugal, pero bien servida, y acaso más delicada en su frugalidad que los más suntuosos banquetes. No hay juego, espectáculos, comedias, ni concursos profanos ; pero hay una conversacion agradable, visitas, paseos, casas de campo y recreaciones, en las cuales, aunque honestas é inocentes, no deja de tener su lugar el gusto y el deleite; y para decirlo en una palabra, una vida dulce y apacible, sin ruido, sin dependencias, sin inquietud y sin cuidado.

Bien sé que juntais á todo esto algunos ejercicios de piedad y cari-

dad ; pero ¿ cómo practicais estos ejercicios ? ¿ En qué consiste toda vuestra virtud, y con qué condiciones los ejecutais ? Con tal que ellos no os molesten , no os atormenten ni os embaracen ; con tal que os dejen en una plena libertad de dejarlos y volverlos á tomar segun os diete el antojo ; con tal que sean de vuestro gusto y eleccion , y se acomoden á vuestro natural ; con tal que de ningun modo perturben vuestra quietud y sosiego ; con tal que no se opongan á la extremada atencion con que mirais vuestra persona y salud : porque todas estas dulzuras y comodidades quereis hallar en vuestros ejercicios y ocupaciones. ¿ Y esto es lo que llamais mortificacion ? Nó, no es esta la mortificacion que todos debemos practicar: no es esta la mortificacion que de nosotros exige el Salvador; no es esta la mortificacion que debe hacernos eternamente dichosos. Voy á demostrároslo despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿ Sabeis , hermanos míos , qué ideas nos dá el Salvador de la mortificacion cristiana, y bajo de qué figuras nos la representa ? Como una guerra contra la naturaleza corrompida, y contra todas sus sensualidades : *Yo no he venido al mundo á traer la paz , sinó la guerra* (MATTH. X, 34). Como una cruz con que debemos cargar, y que debemos llevar todos los dias : *El que quisiere ser mi discípulo , renúnciese á sí mismo , tome su cruz y sígame* (MATTH. XVI, 24). Como una violencia que todos deben hacerse á sí mismos : *Despues de los dias de Juan Bautista el reino de los cielos se toma por fuerza , y no se logra sino con violencia* (MATTH. XI, 12). Como un camino estrecho, donde es necesario andar por entre espinas y abrojos : *¿ Qué estrecho es el camino que guía á la vida, y qué pocos entran en él !* (MATTH. VII, 14).

El gran Apóstol, explicando la materia de que tratamos : *Todos aquellos, dice , que son de Jesucristo , han crucificado su carne con sus vicios y sus deseos* (GALAT. V, 24). No dice que han crucificado su corazon, sinó su carne ; esta carne pecadora, que por una precisa consecuencia debe tener parte en la pena, despues de haber tenido tanta parte en la culpa. De aquí se sigue aquella regla que daba á los Romanos el mismo Apóstol : *A proporcion que habeis hecho servir vuestros cuerpos á la inmundicia haciéndoos pecadores , hacedlos servir á la justicia para haceros santos por la penitencia* (ROM. VI, 19). Esta proporcion es notable y puede admirar á nuestra delicadeza ; pero á S. Pablo aun le parecia corta, y por eso añadia : *Yo hablo como hombre, y me acomodo á la flaqueza de vuestra carne* (ROM. VI, 19). Tambien decia de sí mismo y de los de-

más discípulos del Salvador: *Por todas partes y en todo tiempo llevamos en nuestros cuerpos la mortificacion de Jesucristo, para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos* (II Cor. iv, 10).

Estas son las máximas fundamentales de la doctrina evangélica. Ellas comprenden á todos los estados de la cristiandad sin la menor excepcion. Ni aún los justos están dispensados de estas leyes; ¿y cómo lo estarán los pecadores? Y así, sin adularos ni tirar á engañaros á vosotros mismos, aplicad estos principios á vuestra vida, tal como la dejo pintada, y tal como en la realidad es ella. Hablando pues con sinceridad y tratando las cosas de buena fe, esta vida penitente en la afectacion, ¿es una guerra continua en que teneis que pelear sin cesar con vuestros sentidos, ó con la que los teneis en una sujecion dura y penosa? ¿Es una cruz pesada y capaz de oprimiros, si cada dia y á cada paso no hicierais violentos esfuerzos para mantener su peso? ¿Es una renuncia de vosotros mismos y de todas vuestras conveniencias? ¿Es un camino áspero, estrecho y fragoso? ¿Con qué austeridades mortificais vuestros cuerpos? ¿Qué alivios, y aún, qué placeres les negais vosotros? ¿Qué abstinencias y ayunos practicais? ¿En qué ocasiones habeis sacrificado por un espíritu de penitencia vuestro gusto, vuestra salud, vuestro descanso? ¿Cuándo habeis experimentado el rigor é inclemencia de los tiempos, los frios del invierno y los ardores del estío? ¿Cuándo, en fin, os habeis revestido de la mortificacion de Jesucristo?

2. Bien veo que me podeis responder, que la mortificacion cristiana consiste especialmente en el espíritu; esto es, en resistir á la voluntad, en moderar sus vivezas, en reprimir sus pasiones, y hacerse dueño de su corazon y de todos sus movimientos. Convengo en ello; y aún concedo que por lo que mira á esta mortificacion del espíritu no os faltan motivos de practicarla; y que esta separacion y desapego de ciertas cosas del mundo no es poco opuesto á vuestro temperamento é inclinaciones; que esta exactitud en cumplir con ciertas obligaciones y en practicar algunos ejercicios de piedad, os dá lugar en varias ocasiones á vencer vuestras repugnancias, vuestros disgustos y vuestras tristezas; que hay lances en que las tentaciones son fuertes, y en que la memoria de los placeres pasados hace vivas impresiones en el alma; y en que el retiro, la oracion, la lectura y todas las observancias de la religion se hacen muy desagradables é inspidas, y por lo mismo muy pesadas; en fin, que entónces no pueden dominarse á sí mismos y vencerse sin muchísima violencia. Todo esto es cierto é incontestable; pero tambien lo es, que segun la ley de Jesu-

cristo, la mortificacion de los sentidos debe acompañar á todo esto, debe mantenerlo y debe ser su complemento. Y tambien es cierto, que de cuantos puntos de la ley de Jesucristo ha encargado S. Pablo, como fiel intérprete de las doctrinas de su Maestro, ninguno ha recomendado con más frecuencia, con más expresion, ni con más empeño que la mortificacion de los sentidos. ¿A quiénes la encargaba? ¿A quiénes la predicaba? ¿La encargaba á los solitarios? ¿La predicaba á los religiosos? No por cierto; porque en tiempo de S. Pablo no habia solitarios ni religiosos. Con que la encargaba á los hombres y mujeres, á los jóvenes del siglo, sin distincion de calidad ni estado. Y si despues ha habido religiosos y solitarios, fué porque los más instruidos y más celosos cristianos, conociendo, por una parte, la obligacion que tenian como cristianos, y mucho más como penitentes, de vivir con una vida austera y mortificada, y temiendo, por otra, el ser engañados aún en su misma penitencia por las ilusiones y delicadezas del siglo; para prevenirse y armarse contra peligro tan poderoso, tomaron el partido de renunciar todos los bienes, abrazar la pobreza, retirarse á los desiertos, encerrarse en los claustros, y reducirse por este medio á una abnegacion total de cuanto podia servir á su cuerpo de lisonja, placer y gusto.

De aquí tuvieron principio tantas y tan santas religiones, cuyo instituto se dirige á tratar los sentidos con todo aquel rigor y mortificacion á que puede llegar la naturaleza humana: pues en ellas se alimentan pobremente, visten groseramente, y duermen en una cama muy dura; en ellas el sueño es corto é interrumpido, el trabajo constante y continuo, el yugo de la regla muy pesado, ó como dice el Apóstol, el cuerpo por medio de continuas mortificaciones se sacrifica como una hostia viva y como una víctima de expiacion. Porque tal es, añade el Apóstol, tal es el culto razonable que debemos á Dios. Y supuesto esto, no hay duda que causa horror el oír decir á algunas gentes del mundo, que tantas mortificaciones no son buenas sinó para los monasterios. ¡Admirable lenguaje! Yo confieso que puede haber en particular algunos ejercicios de penitencia que convengan mejor á unos que á otros, segun la diversidad de empleos, estados y temperamentos; pero, pretender en general, como pretende el mundo, que la mortificacion de la carne solo es propia de las personas consagradas á Dios en la profesion religiosa, es un error muy grosero, y una máxima muy perjudicial y escandalosa. O querreis decir que solo los religiosos son culpables en la presencia de Dios, y de consiguiente deudores á su justicia; que solo los religiosos están expuestos á los movimientos rebeldes de los sentidos, y de consiguiente obligados